

ciencia, que tiene a su cargo ir reflejando cada vez mejor en la ley que se escribe, la ley que se encuentra como entre los resplandores no siempre visibles de la conciencia humana. Chocan los ejércitos, disputan las asambleas, desempiedran las calles las revoluciones, los más extravagantes delirios de la ambición, de la soberbia y de la ira ocupan las páginas de la Historia, la atención de las multitudes, y llenan con su ruido atronador los ámbitos del planeta; --entretanto, la ciencia social ha hecho al través de las catástrofes y de estremecimientos en que se reducen a polvo los imperios, alguna observación interesante, algún descubrimiento nuevo en sus investigaciones sobre la organización moral, humana, ha formulado un nuevo principio y antes de estamparlo en los Códigos lo ha estampado en los libros; con aquel principio, escríbalo Beccaría o escríbalo Rousseau, se derrota años después alguna iniquidad triunfante, se amansa alguna cólera, se rompe alguna cadena; la humanidad eleva videntes al héroe que lo aplica; y nosotros los que conservamos los archivos de esta ciencia sublime redoblamos la enorme fatiga para continuar sin brillo y sin aparente fuerza dirigiendo y armonizando a los hombres en el cumplimiento de su egregio destino.

Nosotros somos la evolución, señores. Ya se trata del individuo, ya de la sociedad, la vida es en realidad una lucha: batalla de la razón con el impulso de la sangre y de los nervios allá en las profundidades del alma, combate de todas las horas entre la fuerza que anima el organismo y las influencias exteriores que corrompen el aire y llevan sutil ponzoña a nuestras venas y alteran con un cambio de temperatura el equilibrio de toda nuestra física economía; y en la familia, y en la patria, y en la sociedad humana siempre egoísmos rivales, e ilegítimos intereses en contradicción o lo que es más, antagónicos criterios. La Religión tiene su fórmula, la más alta sin duda, que resuelve no según el caso y lentamente sino para todos los casos y de una vez, que resuelve, digo, estos problemas, en ocasiones tan complicados y tan difíciles de la armonía del hombre con el hombre y de la armonía de cada hombre con su propia conciencia. Mas esa fórmula lleva ahora diez y nueve siglos de estar proclamada en el mundo, y si los débiles y los caídos suelen aceptarla, los fuertes y los encumbrados la aceptan por lo común con adoración de palabra y la ponen en un altar, al cual le volvemos la espalda en la vida práctica. Pues bien, señores, para el triunfo en espíritu y en verdad de la idea religiosa, para la marcha en el progreso que esa victoria conduce, para el advenimiento del mayor grado de armonía a que los destinos individuales pueden conducirse dentro del común destino, no hay más que dos medios, que en el punto a que hemos llegado del desenvolvimiento humano, pueden ya compararse por experiencia, con cabal estudio de su naturaleza íntima y de sus consecuen-

## DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,  
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana  
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

cias lógicas: estos dos medios los constituyen, la revolución que desquicia y la evolución que transforma, el embate de los odios y el impulso de las convicciones, una ira que se desencadena, o una verdad que se implanta, algo que es como la llama de un incendio más y que destruye muchas veces la mano que la enciende, o algo que es como la luz de una estrella nueva levantada sobre la frente de los hombres; la idea Euménide, la Furia divina imaginada por los antiguos, hijos del cielo, pero terrible y desoladora, o la idea sin mancha de sangre y sin mancha de sombra, la idea-sol rompiendo con rosado rayo la bruma del crepúsculo para levantarse luego a triunfante y permanente medio día. El ideal conocido hasta hoy del sistema revolucionario es la convulsión tremenda con que deshizo la Francia del siglo pasado el régimen feudal, el ideal eterno del otro es la palabra del Evangelio depositada por propaganda mansísima en la conciencia del género humano e iluminando para siempre con sereno e inmenso resplandor su marcha fatigosa.

Entre las sombras más augustas de la antigüedad aparece, señores, la sombra de Espartaco, la sombra de aquel esclavo, vengador de cien razas, que sintió bastante robusto su brazo, bastante ancho su puñal para romper con él el corazón de Roma; y al través de las orgías del Imperio, la Historia mira pasar con respeto indecible la sombra de otro esclavo. Epicteto no quiso ser la espada, fue la palabra; no quiso ser la llama, fue luz. Humillado por su clase y por su raza, puesto bajo todas las gerarquías y todas las leyes del Imperio, que lo humillaban en su dignidad y lo agobiaban con su peso, siendo en fin un esclavo, un miserable, el último de los hombres, casi ni un hombre, purifica con los sueños de su infortunio el ideal estoico y logra con su influjo que ese ideal sublime ilumine el alma del Imperio.—Señores, ante Espartaco hiriendo, la Historia admira; ante Epicteto enseñando, la Historia bendice y adora.—Oh!; que no se extinga en el mundo el ardor generoso, origen del heroísmo que combate; pero que brille siempre, sobre la memoria de todos los héroes, la memoria incomparable de esos inmaculados pontífices de la Humanidad, que sin entrar en contubernio con la mentira, y sin doblarse a los poderosos de la tierra, no mancharon sino con la propia sangre el armiño de su túnica sacerdotal, y oponiendo como única

venganza a los que los desconocían, la venganza del Gólgota, deshonraron con el espectáculo de su sacrificio e hicieron volar en escombros con la pólvora inmortal de su palabra, las instituciones de granito y las sociedades orgullosas, en cuyas entrañas, más duras que el granito, fueron concebidas.

La evolución ha venido infiltrando en las sociedades, al través de los instintos y de los vulgares apetitos, el ideal humano, vagamente soñado un día, hoy poderosamente sentido y a la luz de la razón proclamado como ley de la especie. Agrupaciones incoherentes y poco adheridas que juntaba solo la necesidad y un grosero afecto de familia, huestes peregrinas más tarde, unidas por bestial avidez común y similares de las que forman las famélicas fieras,—miradlas hoy constituyendo esas nacionalidades robustas que bajo los pliegues de una bandera existen en armonioso conjunto, y a las cuales una palabra,—el nombre de la patria,—electriza de entusiasmo, de placer o de espanto y lleva unánimes, como el sonido de mágico clarín, al heroísmo y a la muerte. Mirad, señores, la nación de hoy, recordad la tribu de ayer y maravillándoos conmigo de estos milagros de racional desenvolvimiento, de que es la humana especie susceptible, gozad en esperanza los triunfos que tales adelantos procuran y que ya la ciencia define. Oh!; no sin lucha ha atravesado la humanidad bien amargos días, ha vertido mucha sangre, ha derramado muchas lágrimas, se ha agitado en muchas tormentosas convulsiones para llegar desde la tribu errante a la tribu asentada sobre el suelo que fija el ancla en un espacio de la tierra y lo rompe en sulcos y prepara el corazón y la troje para las alegrías y los frutos de la cosecha y se entrega, coronada de pámpanos, a la fiesta de la vendimia; para llegar desde el pueblo que sólo en sí mismo reconoce la ciudadanía del mundo, y que pasea como astro siniestro los fulgores de su espada en signo de ignominiosa servidumbre, sobre todas las razas que oye respirar en torno suyo, a los pueblos que marcan una frontera a su ambición y envían al través de ella saludo fraternal a los otros pueblos y mensajes de civilización a las razas que han quedado en la sombra; para llegar a cada una de las etapas que ha sucesivamente recorrido; para llegar a la ciudad cuyas ramas de piedra se levantan con frutos de luz donde antes extendía la selva sus descarnados brazos; para llegar a la democracia moderna que humilló a los muros de la ciudad, dentro de los cuales hervía el trabajo y pensaba la ciencia y soñaba el arte: la roca del castillo en que vivía como ave de rapiña el Señor Feudal que rompía los lazos de la sociedad con su privilegio; para llegar a las grandes fiestas del trabajo a que se convida el mundo en nuestros días en las exposiciones universales, honrando la industria que se encorvó antes bajo yugo de infamia y cuya frente sudo-